

PABLO ÁLVAREZ ALMAGRO

Arte Criminal

ÍNDICE

PRIMERA PARTE
LAS SEMILLAS MUTANTES. II

SEGUNDA PARTE
HUYENDO DEL PLANETA SIMIO, 87

TERCERA PARTE
SUBVIRTIENDO LAS NORMAS, 133

CUARTA PARTE
EL ARTE CRIMINAL, 187

EPÍLOGO
EL FINAL DE *THE BOXER*, 327

En primer lugar, a mis amigos.

En segundo lugar, a los MC5,
que no son amigos míos, pero
como si lo fuesen. *Kick Out the
Jams, Motherfuckers!*

«Dijo Jesús resurrección y vida, y lo
clavaron en una cruz.

Jesse James dijo manos arriba, y le
llenaron de plomo la barriga.

Jack el destripador era un asesino, y
sin embargo nunca fue detenido.

Debes saber que cuando mueras, se
cagarán en tu puta calavera».

Todos están muertos,

ILEGALES

«Me espanta la casualidad para
nada, lo arbitrario, lo ciego, como
esas palabras huecas que consiguen
articular algunos pájaros».

El silencio de las sirenas,

ADELAIDA GARCÍA MORALES

PRIMERA PARTE
LAS SEMILLAS MUTANTES

Marcus van Haastad, exmiembro del grupo AC.

Cárcel de Róterdam, 6 de junio de 2015

... no, no, apaga esa maldita grabadora, no te va a hacer ninguna falta. Me apuesto lo que sea a que tienes la casa llena de libros y que presumes de habértelos leído todos, enteros, o por lo menos muchos, que no serán ni la mitad de la mitad, ¿verdad? Me da igual tu puta biblioteca, me la pela, no me impresiona. No te contaré una mierda, no malgastes mi tiempo, el tiempo es dinero, métete eso en la cabeza. No te ofendas, u oféndete si quieres, me da igual. Tú no podrías entender nada. En materia de amor absoluto eres un completo ignorante, no hay más que verte. Yo podría hablar durante horas y tú tomar cientos de notas, y contarte el inmenso placer que me produce que me azoten las nalgas con una fusta de cuero con el mango forrado de terciopelo violeta hasta que me sangren, y tú lo registrarías exactamente igual de lo que ya lo hace la grabadora, sin llegar más allá de donde ya llega la máquina, que no la has apagado por cierto, ¿te crees que soy idiota?, sigue encendida, pero haz lo que quieras... porque si no lo has vivido, si no lo has sentido en tu alma y en tus propias nalgas... eso es algo que jamás podrás entender por mucho que yo o quien sea te lo cuente o se esfuerce en explicártelo. Y además... no la conociste, joder, es ridículo. En el fondo vosotros, los escritores, los novelistas en concreto, no sois más que estafadores, otra clase más de timadores, de las muchas que hay, solo vendéis humo. No he leído, ni pienso hacerlo, ninguno de tus estúpidos libros anteriores y tampoco leeré este si es que alguna vez llega a publicarse. Yo solo leo libros técnicos, manua-

les, volúmenes que enseñen a hacer cosas útiles, prácticas. Rentables. No puedes relajarte ni un segundo, nunca sabes cuándo vas a necesitarlo, tienes que estar siempre aprendiendo, el tiempo es dinero, ya te lo he dicho, y yo nunca malgasto el mío, ni siquiera encerrado aquí dentro. ¿Sabes una cosa? Cuando solicitaste esta entrevista a mi abogado, que ahora casi lamentaría haberte concedido si no fuera por el intenso y supongo que para ti malsano placer que me proporciona en este mismo momento imaginar la pasta que te habrá costado venir hasta aquí, con la puta grabadora, para nada, invertí unos minutos, pocos si te soy sincero, en mirar en internet e informarme sobre tu trabajo. Tienes toda la pinta de ser un novelista de cuarta fila, mejor dedícate a otra cosa, vuelve a casa y piensa en alguna forma de serle medianamente útil a alguien de una santa vez.

**Rafael Pecci García-Maqueda, exmiembro del grupo AC.
Tienda de cómics TBO. Tulsa, Oklahoma,
Estados Unidos, 4 de mayo de 2015**

... Aquí, bueno... haber hay de todo, mil y una religiones distintas, ya sabes, la libertad de culto la consagra la constitución. Judíos, aunque no muchos, no estás en New York, ni en ninguna otra gran ciudad de la costa atlántica. Aquí mismo, en la paralela a la tienda, un poco más arriba, hay una pequeña sinagoga. Los mexicanos y sus hijos suelen ser católicos, normalmente. Tampoco es que haya muchos asiáticos en comparación con otros estados, pero hay budistas, hinduistas... y entre los negros muchos musulmanes. Hay de todo también, pero muchos, muchísimos, son musulmanes, y eso, ahora, como te puedes imaginar, levanta cada vez más ampollas. Pero la mayoría, el ciudadano medio, diríamos, ese

es de origen europeo y protestante. Evangélicos, bautistas, metodistas, presbiterianos, pentecostales... hay miles de congregaciones. Esto es el centro espiritual del Bible Belt, el Cinturón bíblico, no la pecaminosa y lúdica California, y aquí, ese blanco anglosajón y protestante, que es el que parte el bacalao en todos sitios, da igual su adscripción, de cara al exterior es muy pero que muy estricto en temas de moral y religión. Lo asombroso aquí no es que tu vecino sea creacionista y tenga a Darwin por ignorante y mentecato, sino que se declare agnóstico. Y todos rezan sin parar. En todas partes, a todas horas, al levantarse, antes de cenar, al acostarse... es una cosa verdaderamente acojonante. No sabes el poder que tienen aquí los predicadores con sus programas de radio y televisión, o en internet, riéte tú de nuestros curas españoles. En la mayoría de los trabajos, en casi todas por no decir en todas las escuelas, en los recintos deportivos, en los centros comerciales... por todas partes hay espacios habilitados para la oración, que tampoco les harían falta, aquí es muy natural rezar en público. A nadie le choca subirse a un autobús, que casi nadie coge el autobús, pero bueno, y ver que la mitad del pasaje, normalmente gente mayor que ya no está en condiciones de conducir, aprovecha el trayecto para ir hablando con Dios, aunque vayan a misa, ya van calentando motores para el sermón. Es habitual que en un partido de *baseball* de niños de ocho años recen todos juntos, los jugadores, los entrenadores y el público asistente, antes y después del partido. Y lo más paradójico del asunto es que, en el fondo, ninguno de ellos lo hace porque crea que gracias a eso va a ir al cielo, qué va. Bueno, los niños, en su inocencia, puede que sí, seguramente, pero los adultos no, en absoluto. Yo creo que lo hacen porque están íntimamente convencidos de que a todos nos esperan las llamas del infierno. No tiene nada que ver con el amor a los demás, ni con nada parecido. Esa parte es teatro, lo auténtico es un acto colectivo y a la vez íntimo e individual de fe desesperada que, además, creen que al final será baldío. Pero es todo lo que tienen, ¿te das cuenta? Y si lo pien-

sas bien, o más bien si le das la vuelta, no es tan extraño, porque siendo americanos, y además siendo tan americanos como lo son aquí... piensa, ¿qué cosas ha aportado América al mundo? Cosas que sean genuinamente americanas, no una copia importada, muchas veces mejorada, siempre agrandada, eso es cierto, no vamos a negar ahora que saben hacerlo todo en tamaño triple equis, pero que al final no hayan venido de Europa. ¿El Colt 45, la píldora anti-conceptiva, la bomba atómica? ¿La de neutrones, la Coca-Cola, los cómics de superhéroes? Porque el exterminio casi total de los nativos o el esclavismo tampoco es que lo inventaran ellos, para qué nos vamos a engañar, lo traían ya de casa, nosotros mismos, los españoles, sabemos lo nuestro de las dos cosas. ¿Hollywood, la tv, las músicas negras, el *basketball*, el Big Mac, Las Vegas, internet, el culto al cuerpo porque sí? Puedes pensar lo que quieras de todas esas cosas, gustarte más o menos o no gustarte absolutamente nada el *American way of life*, pero si te tomas de verdad en serio lo que dice la Biblia... uno diría que todo lo americano huele mucho más a satánico que a evangélico, ¿no te parece? Son una sociedad muy violenta, muy ególatra, muy codiciosa, obsesionada con el dinero y la lujuria, muy demoníaca en definitiva. Y si eres cien por cien americano, y aquí son todos cien por cien muy americanos, te empapas de esa esencia que lo impregna todo desde la cuna, por mucho que reces desde ñajo y por más que recen tus padres y tus amigos a todas horas en todas partes. En cuanto sientes necesidad de meneártela y vas y te la meneas y ves que te gusta y echas tu primer polvo y luego el segundo y entras en la vorágine del sexo y de la culpa, y empiezas no a trabajar para comer, sino a comer para trabajar, como se hace aquí, y a competir por todo, por el dólar lo primero, por supuesto, *de facto* el dólar es el verdadero y único dios de América. Pero también por el sexo, por la mejor casa, la esposa más perfecta, el jardín más impoluto, la familia más ideal, el trabajo más remunerado, el coche más grande, las vacaciones más exclusivas, los colegios más caros. Todo tiene que ser siempre

más, más, y más... ser el mejor cueste lo que cueste, ganar siempre en todo, tener más dinero en el banco cada día, follar cada vez con más mujeres, cada vez más guapas, cada vez más jóvenes en comparación contigo, que vas cumpliendo años... y todo eso no sale gratis, no, no, ni mucho menos. Es muy duro, y para conseguirlo tienes que mentir, tienes que pisar, tienes que traicionar a los que Jesús dijo que son tus hermanos. Aquí, rezar, todo lo que quieras, pero eso no quita para que la gente se mate la una a la otra con una facilidad que ni te imaginas, por cuatro dólares, entre vecinos, entre socios, entre esposos, entre desconocidos, da igual, se cargan a alguien y luego van y rezan. Todo el mundo tiene armas de fuego en casa, y eso ayuda mucho. Mi banco, si abro una cuenta nueva de más de cincuenta mil dólares, no me obsequia con una batería de cocina, me regala un subfusil de asalto. Viviendo así, más temprano que tarde descubres que para aguantar tanta porquería continuada necesitas una vía de escape, la que sea, y dará igual que sea el juego o el alcohol o las mujeres o los hombres o la cocaína o la coprofagia o chupársela a una prostituta transexual en el asiento trasero de tu coche familiar en el que media hora antes van tus hijos al jardín de infancia, eso es lo de menos, el vicio que cada uno particularmente necesite para no volarte los sesos con el arma que guardas cargada en la mesilla cualquier mañana mirando tu reflejo de idiota miserable en el espejo del cuarto de baño, o para no volverte un sicópata asesino de prostitutas del que algún día harán una película de serie B. Dará igual, porque sea lo que sea, será un pecado imperdonable, y entonces, según la mentalidad de ese blanco anglosajón y protestante, ya estás perdido para los restos, porque aunque alguna vez lo dejes, que es difícil, y aunque luego no lo sustituyas por otro pecado de los tantos que te ofrece esta sociedad en bandeja previo pago en efectivo, que es algo que pasa mucho, ya dará igual, porque aunque te avergüences absolutamente, en el fondo no te arrepientes de nada, qué va, al contrario, sueñas con ello, toda tu vida, hasta que te mueras, con arruinarte

SEGUNDA PARTE
HUYENDO DEL PLANETA SIMIO

Paula Mendes Silverio, exmodelo, amiga de Diana.

En su casa. Islas Azores, 4 de mayo de 2015

... ¿Alguna vez has follado con una japonesa, o con un japonés? ¿No? En general son muy buenos amantes, realmente buenos diría yo, ellos y ellas. Lo son de manera diferente, porque son muy diferentes las mujeres de los hombres, no tienen nada que ver unos y otras, no se parecen en nada, y así son también, claro, para la cama. Y digamos que ellos tienen... no quiero decir un gusto retorcido, porque no es eso. Lo que tienen es unos gustos que a nosotros, como occidentales, nos pueden parecer retorcidos al principio desde nuestros esquemas mentales judeocristianos, que siempre culpabilizan de todo al sexo, es nuestro gran pecado original. Ellos no cargan con toda esa mierda, bravo por ellos, así que les gustan mucho las prácticas fetichistas, el *bondage*, el sadomasoquismo, los juegos de sumisión, los juguetes eróticos, el travestismo... todo eso lo llevan con mucha naturalidad, se divierten sin complejos. Yo viví y trabajé diez años en Tokio, de los diecinueve a los veintinueve, del... ochenta y ocho al noventa y ocho. Casi toda mi carrera como modelo es en Japón, tenía, y gracias a Dios aún mantengo, o eso pienso yo, ¿tú qué crees?, un físico añorado de mujer latina que resultó muy del gusto del imaginario erótico del público masculino nipón. Nunca desfilé en Milán, y en Occidente casi nadie me conoce, pero fui toda una estrella en el país del sol naciente, hice decenas de anuncios de televisión, campañas de publicidad de todo tipo, portadas de revistas, incluso dos películas para la tele, casi sin diálogos. En una hacía de una extranjera muda perdida

en Osaka, y en la otra solo hablaba en inglés, pero muy poco, y además me mataban enseguida. Ganaba mucho dinero. También aceptaba acostarme de vez en cuando con hombres de negocios muy ricos, tipos que se habían obsesionado conmigo, quizá viéndome en la pequeña pantalla comiendo yogur vestida de colegiala, o mientras esperaban en la consulta del dentista en una revista médica vestida de enfermera recomendando un seguro médico, o en un cartel de quince por cuatro metros que alguien había colgado en el edificio de enfrente del ventanal de sus despachos de los que jamás salían, de fondo a todas horas, como una mujer gigante en bikini recostada sobre un brillante Toyota a la que conquistar. Tipos dispuestos a pagar cantidades desorbitadas para que pasase un fin de semana con ellos en un barco privado o en un hotel de lujo en cualquier parte del mundo. Ambos quehaceres los gestionaba a través del mismo agente, para que veas cómo funcionaba el negocio. Como tenía mucho dinero y era muy joven y muy alocada, me lo gastaba. Salía de fiesta prácticamente todas las noches, a todo tren. No tomaba drogas, nunca lo he hecho y en Japón no hay drogas, o por lo menos yo no las vi, para eso y para todo es un país con una seguridad tremenda, no te imaginas. Supongo que las habrá, pero deben ser para gente muy pobre o muy marginal, que es muy rara, porque tampoco se ven casi pobres, yo, la verdad, nunca vi pobres en Japón. Y drogas ya te digo que tampoco, y eso que tuve un amante que pertenecía a la Yakuza, ya sabes, la mafia de allí, que luego murió, lo mataron a tiros en un restaurante, no estando conmigo, no, sino dos o tres años después. Me lo contó un amigo, salió en los periódicos y todo, pero yo no leía nunca los periódicos allí, no era capaz de entender lo que decían, ni siquiera el puto titular. Drogas no, pero alcohol sí, si no llego a dejar aquel país y aquella vida a tiempo, ahora sería una alcohólica. Salíamos a los clubes, a los karaokes, que ahora se han extendido por todo el mundo como tantas otras cosas japonesas, pero entonces... yo soy de Elvas, en la frontera con España, *A Raia*, y antes de mar-

charme a Tokio, además de en mi ciudad, prácticamente no había estado más que en Lisboa y en Oporto, y en Badajoz, claro, y jamás había pisado un karaoke, ni sabía lo que era el *sushi*, ni el manga, ni el sumo ni el puto Godzilla, para que me entiendas. Llegué allí sin hablar una sola palabra de japonés, y cuando me marché, a duras penas era capaz de mantener una conversación fluida demasiado tiempo o demasiado compleja. En mi grupo de amigos las mujeres éramos todas occidentales que, por una razón u otra, estábamos allí de paso. La mayoría éramos modelos que trabajábamos en moda y publicidad, pero también había algunas hijas díscolas de grandes ejecutivos o diplomáticos, pero ninguna mujer japonesa, a sus mujeres las esconden en casa, es ahí donde tienes que ir a buscarlas, y créeme que merece la pena hacerlo. Sin embargo, los hombres sí que eran todos nipones. Chicos jóvenes y ricos, solteros, agentes de bolsa que durante el día trabajaban en jornadas maratonianas interminables y de noche quemaban todo el estrés y buena parte de los beneficios obtenidos con nosotras en un ir y venir nocturno y etílico por las autopistas tan perfectas que tienen allí, en mi opinión el mejor momento para ver la ciudad, con sus luces de neón cubriéndolo todo, de club en club, bebiendo champán francés helado en la parte de atrás de una larguísima limusina con chófer mientras alguien me sujetaba la copa y me la llevaba hasta los labios porque yo tenía las dos manos ocupadas con una polla distinta en cada una, dejándome llevar. Vi por primera vez a Diana en una fiesta de un conocido común, ella llegó con el novio japonés que tenía entonces, Hiraoka, un diseñador de videojuegos muy famoso, a finales del año noventa o principios del noventa y uno. Ella llevaba poco en la ciudad, menos de un mes, y ya había cazado a un pez gordo, así era Diana, no tenía nunca ni un solo segundo que perder. Nos hicimos amigas esa misma noche, conectamos al instante, ella era como una esponja, deseando siempre absorber conocimiento, experiencias. Nos hicimos inseparables durante ese año noventa y uno, incluso hubo un par de

TERCERA PARTE
SUBVIRTIENDO LAS NORMAS

**José Espinosa Mínguez, amigo de la infancia de Martín.
Hospital Universitario Vall d'Hebron, Unidad de
Enfermedades Infecciosas. Barcelona, 2 de febrero de 2016**

... Cuando Martín y yo empezamos a darle al jaco, en... el setenta y siete, o por ahí, no sabíamos de qué iba toda la historia, aquí no se conocía todavía de na. Los *estupas* trincaron a todos los camellos de costo, fueron a por ellos a saco y los *entrullaron* por un tiempo, y a la vez las calles se llenaron de heroína. Era facilísimo pillarla, y era buena, no como la de ahora, que no vale na, y no tan cara como lo fue luego, más tarde. Por mil pelás de la época pillábamos para ponernos bien contentos los dos un par de días, y hasta tres, apurando. Y fue como una moda, meterse era una cosa chula y guay que no acarrea ningún peligro, y no hacerlo era casi de pardillos. Por entonces Martín y yo íbamos a pillar siempre al mismo bar, detrás de Las Ramblas, el Carrasco, que no se llamaba así, pero todos le decíamos el Carrasco porque era el apellido del dueño. Llegabas y había siempre siete u ocho personas esperando a que llegase el tipo. Y estaban chavales como nosotros, pero también peña más mayor, trabajadores, funcionarios, oficinistas, taxistas, gente de todo tipo y de toda condición. Y cuando llegaba el vendedor se sentaba en una mesa con un chato de vino y todos se ponían en fila, pillaban, algunos se ponían en el mismo cuarto de baño y se iban a trabajar, a la fábrica, o a estudiar a la universidad, como si nada, no había conciencia. Martín y yo currábamos juntos en un bingo, la sala Bariloche, que ya cerró, hace mucho. Teníamos los dos diecisiete años, yo era portero y él, camarero. Cuando no tomábamos, las ocho horas que me chupaba del tirón allí de pie

pelao de frío, porque tenía que ir con un traje horrendo, con levita y to, pero no podía ponerme abrigo, y las noches son frías aquí, por la humedad, pues se me hacían eternas, interminables, totalmente insufribles. Pero si tomábamos, la jornada se me pasaba en un santiamén sonriendo a todo el que entraba, tan *a gustico* que ni del frío me enteraba, y a Martín lo mismo pero adentro, sirviendo los rones con cocacola a las viejas. Así que empezamos a fumar chinos todos los días, antes de entrar. Y la primera vez que nos quedamos sin y nos entró el mono no sabíamos por qué sudábamos, por qué temblábamos, a qué venían los vómitos. Pensábamos que teníamos gripe, una gripe muy chunga, ni imaginamos que fuese por culpa del caballo. Así que fuimos al médico, maldita gripe. Y el médico nos vio y flipó, pero no debíamos ser los primeros que veía porque nos caló enseguida y nos dijo *chavales, no tenéis gripe, tenéis el síndrome de abstinencia. Me imagino que es por la heroína, dejad de tomarla y además de no volveros a pasar esto también viviréis, y no iréis a la cárcel*. Y mira lo que son las cosas, yo no le hice caso en ese momento a aquel doctor, y después de tantos años, mira dónde y cómo he acabado yo, que no he *pisao* la trena en mi vida, y sin embargo Martín, que sí que hizo caso y dejó toda esta historia y también el trabajo en el bingo, y dejamos de tratarnos porque él pasaba ya de todo el rollo y se metió en lo de la política, mira cómo terminó. Pa que te fíes tú de los médicos.

Rafael Pecci García-Maqueda, exmiembro del grupo AC.

Tienda de cómics TBO. Tulsa, Oklahoma,

Estados Unidos, 4 de mayo de 2015

... Panzers Drivers, ese era el nombre. Éramos bastante malos, no llegamos a grabar ningún disco. Formamos el grupo en el vera-

no del noventa, yo tocaba la guitarra, mi hermano Ernesto era el cantante, y el bajo y la batería eran Carlos y Adolfo, que nunca supe cómo se llamaba de verdad Adolfo, pero no era Adolfo. Era un vecino amigo nuestro casi subnormal, con algún problema de verdad me refiero, un convencido del nacionalsocialismo que se había leído veinte veces *Mi lucha* y recitaba pasajes larguísimos de memoria, bajito, moreno y escuchimizado como Hitler, que se dejaba el bigote y se peinaba igual que él, hasta se ponía bombachos con tirantes. Fuera de nuestro ambiente, por el barrio y por ahí, a veces la gente lo tomaba por un actor disfrazado para una obra de teatro chusca y se choteaba de él, aunque también los había que al verlo se acojonaban, que supongo que era lo que él pretendía. Carlos y Adolfo se lo echaron a suertes, y a Carlos le tocó el bajo, que era lo que los dos querían, porque son bastante más baratos los bajos que las baterías. Ese verano yo me había quedado en paro, me habían despedido de una empresa aseguradora, que fue mi primer empleo, vendiendo seguros de entierro por las casas, a puerta fría. No timaba a los suficientes pardillos. Mi hermano había suspendido todas las asignaturas en las que estaba matriculado de la carrera de Filosofía no presentándose a ningún examen, Carlos hacía ya tiempo que había abandonado cualquier tentativa de estudio o de empleo legal de cualquier tipo, y Adolfo, la verdad, no sé o no recuerdo qué cojones hacía Adolfo por entonces con su vida. Me imagino que no mucho, porque era medio tonto, ya te he dicho. No era ningún secreto para nadie que Carlos y Ernesto trapicheaban con pastillas a pequeña escala, en el parque de debajo de nuestra casa y en otros sitios, entre los entonces novedosos chicos salvajes venidos del extrarradio, con sus cabezas peladas y sus pantalones pesqueros y sus botas militares, los *skins*, que empezaron a verse en esos años. Chavales que se pasaban las horas de instituto calentando los bancos de la calle, fumando porros uno detrás de otro, y los fines de semana se divertían por los alrededores de la plaza de los Cubos, cerca de Plaza de España, o se iban a